

Hoñueras en La noche

Capítulo 3

El frío viento del oeste agitaba los cabellos y la barba canosa de Borko. Aquel punto de la muralla, donde acostumbraba a estar siempre que sus deberes se lo permitían, le ofrecía las mejores vistas del valle, junto al cual se erguía, poderosa, la mansión de su Señor. Acudía a aquel lugar exacto siempre que tenía ocasión, pues el viento le despejaba la mente y le recordaba sus aventuras al aire libre, lejos de la seguridad y el calor de una fortaleza enana. Se encontraba absorto en sus pensamientos cuando la voz de un guardia enano le devolvió al presente:

— Capitán Borko, Nuestro Señor requiere su presencia en la Sala de mapas. — dijo el enano con una reverencia.

— Gracias por avisarme, Guardia. — respondió Borko con un ligero asentimiento de cabeza, y se dirigió a la entrada más próxima de la muralla, donde dos guardias se pusieron firmes cuando Borko pasó a su lado, y entró en el corredor que comunicaba esa sección de la muralla con el interior de la fortaleza.

Borko caminaba con paso rápido, pues no quería hacer esperar a su Señor más tiempo del imprescindible.

Por cada arco que cruzaba, los guardias que lo guardaban se ponían firmes a su paso, y por las salas y corredores que atravesaba, todo enano con el que se cruzaba le ofrecía una respetuosa reverencia si era un civil o bien se cuadraba y ponía firme si pertenecía a la Guardia de la fortaleza.

Al llegar a la entrada de la Sala de mapas, los dos guardias que flanqueaban la entrada abrieron la puerta de doble hoja, permitiéndole el paso a Borko al interior, y la cerraron en cuanto éste la había traspasado.

La sala, iluminada por antorchas y velas, tenía una temperatura agradable. En los estantes, que cubrían dos de las cuatro paredes de la sala, descansaban perfectamente ordenados y conservados en tubos de cuero cerrados, mapas de distintos lugares de la zona y también de lugares más lejanos, recurso que convertía a la fortaleza en un lugar perfecto desde el que preparar y comenzar un viaje.

Tras una gran mesa cubierta de mapas cuidadosamente desplegados, un enano, aún joven, pero de porte regio, levantó la vista y exclamó:

— ¡Tío Borko! Ya pensábamos que el guardia que mandé a buscarte no habría logrado dar contigo... ¿cómo te encuentras?

— Mi Señor Trorr — dijo Borko con una profusa reverencia.

— Ven, Tío, acércate. Necesitamos de tu sabio consejo.

Al acercarse a la mesa, Borko se dio cuenta que no estaban solos, pues además de un par de enanos que no conocía, que supuso serían comerciantes o viajeros que habían hecho una parada allí para avituallarse y pedir consejo sobre qué camino seguir, una esbelta figura, mucho más alta que un enano, lo observaba con ojos divertidos.

— ¡Glorfindel! ¿Otra vez aquí? Eres el orejas-picudas que más veces he visto bajo tierra. Si quieres, puedo conseguirte un puesto en alguna mina...

— Capitán Borko, yo también me alegro de veros... y veo que en el puesto de Capitán de la Guardia os tratan bien — dijo señalando la incipiente barriga de Borko.

Ambos rompieron a reír, como viejos amigos.

— ¡Glorfindel! ¡Tío Borko! Siento interrumpir tan alegre conversación, pero os necesito a los dos. Estos camaradas de las Colinas de Hierro están buscando el punto más rápido y seguro para llegar a la Comarca. ¿Qué opináis?

— Mi Señor Trorr, —dijo Glorfindel— el paso del noreste está más agitado de lo normal. Mi gente mantiene a raya a los siervos del Señor Oscuro, pero no lo recomiendo ahora mismo como parte del itinerario.

— ¿Y tú qué opinas, Tío Borko? ¿Borko? ¿Borko? ¿Borko!



Borko se despertó sobresaltado por las sacudidas de Nordri.

— ¿Cómo ha ido la noche? —preguntó Borko—. ¿Algún incidente?

— La noche ha sido tranquila —dijo Nordri—. Nadie de los que tenían guardia asignada ha visto u oído nada fuera de lo normal.

— Demasiada tranquilidad... ¡no me gusta! —farfulló Borko, mientras se desperezaba y recogía y se colocaba su equipo.

Aquella noche era la primera que había logrado dormir del tirón y sin sobresaltos desde el comienzo de su viaje. Mientras se paseaba por el campamento, que poco a poco iba cobrando vida, empezó a recordar el sueño de aquella noche: «¿Yo, Borko, hijo de Moimir, Capitán de la Guardia? ¿Trorr adulto, Señor de una mansión enana? ¿Ese tal Glorfindel llamándome gordo como si fuese “mi amigo”!? »

El sueño había sido demasiado real... ¿quizá un sueño premonitorio o una visión del futuro?

¡Paparruchas! Borko no creía en eso... o al menos, no hasta hoy. Aunque la idea de tener elfos como aliados, o peor, como amigos, le desagradaba enormemente, toda ayuda que pudiese obtener para cumplir su misión podría acabar decantando la balanza en su favor.

Y mientras rumiaba sus pensamientos, pasó junto al grupo de elfos liderados por Glorfindel, que se encontraban desayunando bajo un árbol, y se detuvo frente a ellos. Todos lo observaban, con una mirada curiosa. Borko hizo un gran esfuerzo, y exclamó:

— ¡Buenos días!

Glorfindel sonrió:

—Buenos días, Borko, hijo de Moimir —y el resto de elfos repitieron el saludo.

Borko, con la cara enrojecida, dio media vuelta y siguió su camino, revisando el campamento. Si alguien le hubiera dicho hace unos días que le desearía “buenos días” a un elfo, Borko se habría reído en su cara.

Pero la misión era más importante que su orgullo, y si concediéndole el privilegio de mantener su cabeza sobre los hombros a esos orejas-picudas, lograba cumplir su cometido... ¡Maldita sea, esos orejas-picudas seguirían de una pieza!



Poco antes, no muy lejos de ahí, Elrohir cruzaba el largo puente que servía de acceso a la ciudad de Imladris, que los humanos llaman Rivendel. Junto a él viajaban siete montaraces supervivientes del ataque sufrido en el campamento.

— Gracias por traernos hasta vuestro hermoso reino, ¿pero de verdad era necesaria tanta presteza, sin tan siquiera pararnos a degustar una buena comida en el viaje? —se quejó Menether, mientras el sonido de sus tripas no hacía sino corroborar sus palabras.

— ¡Ja! ¿Un día con el elfo y ya pones ese acento finolis? No te hará más caso porque ahora hables así, te lo aseguro —se burló Harlann.

El medio elfo se giró al escuchar la conversación y sonrió de medio lado, pero no dijo nada. Esa pequeña detención en la marcha le sirvió para fijarse en algo a la distancia. A una distancia imposible de vislumbrar para los humanos que lo acompañaban, su vista élfica percibió el acercamiento de los elfos, entre los que se encontraba su hermano, al grupo formado en su mayor parte por enanos. No pudiendo escuchar, sólo podía imaginar que Glorfindel los interrogaría sobre su intención de dirigirse a Imladris. Llevaban días siguiéndolos, pero habían decidido que sería mejor que él se adelantara con los heridos.

Tras una pequeña sacudida que lo sacó de estos pensamientos, Elrohir y sus acompañantes reanudaron el trayecto. Ya podían ver claramente el gran portón de entrada a la ciudad. Los dos guardias les permitieron la entrada sin objeción alguna y se dirigieron a las casas de curación. Algunos ya habían estado allí antes y es que es sabido que los dúnedain son bien recibidos en Rivendel, ya que desde hace siglos es la residencia de sus reyes en el exilio.

Una vez hubo dejado a los heridos en manos de los curanderos, Elrohir se dirigió a la casa de Elrond, su padre. Allí, le contó cuanto sabía, comenzando por el ataque al campamento en que murió el capitán Erandandil y cómo siete supervivientes habían sido acompañados hasta la ciudad. Continuando con el grupo de veinticuatro enanos apareciendo por una trampilla cubierta de maleza.

5 Junto a ellos había tres montaraces humanos, además de una enana y un bebé, cuya identidad desconocía. Esos enanos se dirigían a la ciudad cuando se encontraron con otro grupo más numeroso, de treinta y tres. Pero lo más sorprendente, y lo que les había empujado a involucrarse en la misión, era una carta escrita en lengua negra que ordenaba capturar al bebé.

El señor peredhil, uno de los seres más sabios de la Tierra Media, sopesó la situación mientras se acariciaba la barbilla. Al cabo de unos momentos, al fin habló:

— Desconozco la identidad de ese bebé. Pero si el Enemigo lo busca, seguro será alguien de renombre. El hijo de Frerin, de la casa de Durin, nació hace poco, siendo ya huérfano. Me parece la opción más plausible que sea él. Las puertas de esta ciudad están siempre abiertas para aquellos de noble linaje. Lo que incluye a todos los dúnedain, especialmente a la nieta de Arassuil, sobrina del rey, si es que va con el grupo. Sin embargo, no podemos acoger a cincuenta y siete enanos entre nuestros muros. Les permitiremos cruzar el vado del Bruinen y quedarse junto al paso de la montaña.

Esto lo dijo porque nada sabía acerca de la separación del grupo y el combate contra la cohorte de orcos que acababa de empezar.



Díma acariciaba con ternura el cabello del pequeño, quien se entretenía jugueteando con los rizos que escapaban de la barba de su aya. El infante ya casi podía quedarse de pie sin ayuda, y muy pronto comenzaría a dar sus primeros pasos. La inocencia de aquella criatura contrastaba de una manera dolorosa con la crueldad a la que su corta vida se había visto expuesta.

Los difusos pensamientos de la enana se disiparon al percatarse de que Borko se aproximaba para tomar asiento a su lado, en el suelo.

— No has desayunado — observó.

Él se encogió de hombros a modo de respuesta, y añadió:

— No tengo apetito. — Y, girando los ojos hacia el niño, comentó: — Crece fuerte.

Díma asintió:

— Ya mismo será un fiero guerrero, como su padre.

Pero aquellas palabras entristecieron el ánimo de Borko, y Díma agachó la cabeza en señal de disculpa:

— Lo lamento. Sé que aún te duele su pérdida. El príncipe Frerin era muy amado por todos nosotros, incluso para los que no pertenecíamos a su casa.

— Era mi familia — asintió Borko. — El esposo de mi hermana. Y ahora vienen a por él. Ambos miraron, embelesados, la graciosa y rechoncha figura del niño, que ya iba dejando de ser un bebé, apoyado en los brazos de su aya y trasladando su propio peso de una pierna a la otra para no perder el equilibrio.

— Le prometí a Nirri que lo protegería. Se lo juré a mi propia hermana. Y así lo haré; con mi vida, si es preciso.

— Armil lo dejó bien claro, a su manera.

Borko dirigió sus ojos al suertudo y valiente enano que fue capaz de burlar a la muerte gracias a las dos cotas de mithril. Si no hubiera sido por él, el pequeño Trorr ya no estaría con ellos.



Conchi Agüera

— El peso que carga Armil sobre sus hombros empequeñece el mío hasta el tamaño de una pulga. Sabes de su estrecha relación con la casa de Thrór. Su familia ha aconsejado fielmente al heredero de Dúrin desde los Días Antiguos... y él no fue capaz de salvar al Rey. Ni a él, ni a su nieto. Aquel día los enanos ganamos Moria, pero perdimos mucho más.

— Y ahora sólo quedan Thorin y Trorr.

Borko asintió de manera comedida.

— Tenemos que protegerlo, Díma. Por eso Thorin nos envió aquí, para cuidar de su sobrino. Hemos estado buscándoos desde que la batalla acabó. Os habéis sabido esconder bien.

— No lo suficiente — negó la aya. — Nirri y Dís me encomendaron la tarea de cuidar del infante. Me vi obligada a dejarlo todo atrás y huir. No sé lo que ha podido suceder en las Montañas Azules durante nuestra ausencia, Borko; pero yo tampoco creo que sea buena idea volver por ahora. Debemos encaminarnos al Este, al lugar más protegido que encontremos. El aludido dejó escapar un largo suspiro.

— Me temo que allí es a donde vamos.

Sintiendo un cosquilleo en la nuca, el enano giró la cabeza hacia atrás de forma disimulada, y echó una ojeada a la mujer que parecía observarlos en sigilo.

— Esa humana sabe cosas — murmuró Díma, como adivinando sus pensamientos. — O al menos se las huele. ¿Te genera confianza?

Borko entrecerró los párpados, antes de contestar:

— Aún no lo sé.

Laeghir sintió una punzada en el corazón. Los enanos habían intentado ser discretos, pero aún así podía leer la sospecha en sus labios.

— Estoy empezando a pensar que es imposible ganarse la confianza de un enano.

La dúnedenith lamentó sus palabras en el momento en que éstas escaparon su boca. Demasiado tarde, el dardo había acertado en la diana. Borko hizo un ademán de levantarse a replicar, pero Díma fue más rápida.

— ¿Acaso te sorprendes, mujer? — Díma se adelantó unos pasos para encararse a Laeghir, dejando a Borko con un todavía sonriente Trorr en brazos—. Los lazos que unen a los hijos de Mahal son sólidos y constantes como los cimientos de la tierra. En cambio, los hombres son quebradizos como el cobre y los orejas-picudas...bueno, una conoce las historias sobre cómo se tratan entre parientes.

— ¡Enana! —exclamó Glorfindel — ¡Cómo osáis! Elfos, enanos y hombres empezaron a hablar todos a la vez. Todos salvo Borko, quien carraspeó incómodo. Díma siempre había tenido carácter, pero también sabiduría. Era impropio de ella buscar un enfrentamiento tan a la ligera. «¿Acaso ha cambiado tanto durante el tiempo que estuvo huyendo con Trorr?»

— Retira eso que has dicho ahora mismo, Aya Díma —respondió Laeghir, cerrando la distancia que apenas la separaba de la enana y forzando a ésta a mirar hacia arriba—. ¿Acaso no se sacrificó casi todo nuestro campamento por salvaros a ti y al niño?

Por primera vez, Laeghir se dio cuenta de que la enana no tenía los ojos negros, sino de un profundo azul oscuro. Estaban tan cerca que podía distinguir las arrugas que empezaban a surcar su cara, sobre todo alrededor de los ojos y entre las pobladas cejas rubias.

Habría sido un rostro hermoso, con la nariz respingona y salpicada de pecas, de no ser por la espesa barba que casi ocultaba los labios color cereza.

Por algún motivo, Laeghir sintió la necesidad de agarrarla por los aros trenzados y tironear.

— Señoras... —empezó a decir Borko, pero Trorr se revolvió en sus brazos y soltó un curioso ruidito. Un penetrante olor empezó a emanar de los pañales del infante. «Oh no. Ahora no.» Borko puso al niño en brazos de Nordri, a quien la peste hizo perder el hilo de su discusión con Larmisil. — Díma, el infante...

— Ahora no, Borko — dijo la aludida, sin apenas prestarle atención. Y, después, dirigiéndose a Laeghir— No habríamos necesitado ser salvados si tu capitán no se hubiera inmiscuido en nuestros asuntos. Trorr y yo estábamos perfectamente solos, pero los montaraces tuvisteis que involucraros y atraer a las huestes de los orcos hacia nosotros.

— ¿Perdona? —Laeghir tenía el rostro desencajado. —Sabía que los enanos eran tozudos como bueyes, pero no me esperaba tal grado de ingratitud. ¿O es eso cosa solo de las enanas? ¿Es esa la clave para diferenciaros? Los enanos luchan, y las enanas se quejan.

— Oh, te voy a enseñar de lo que somos capaces las enanas — dijo Díma, sacando de su manga un puñal corto. De repente, un chillido atravesó el campamento. Borko se volvió, la sangre congelándose en sus venas.

Trorr estaba ahora en brazos de Armil, quien le sujetaba espantado. El bebé tenía la cara morada y los ojos congestionados. Su lloro era agudo e interrumpido, como si le faltara el aire.

— ¡Mi príncipe! — Díma corrió a cogerle en brazos, seguida muy de cerca por Laeghir. La enana acarició los pequeños dedos regordetes, que se oscurecían por momentos.

— ¿Qué te pasa, nadan?

Laeghir se inclinó sobre el bebé, de espaldas a Borko y la mayoría de los enanos. Cuando se enderezó, la respiración de Trorr era un poco más continua, pero su cara seguía violácea.

— Tenemos que llevarle ante Elrond ahora mismo — dijo Laeghir, clavando en Borko ojos verdes brillantes de preocupación. — Es su única opción.

— Después de semejantes insultos, no sé si el señor de Imladris...

— empezó a decir el tercer elfo, cuyo nombre Borko no se había molestado en aprender.

Borko apretó los puños y se guardó la maldición que iba a soltar. En su lugar, sus ojos se centraron en el rostro de Glorfindel, y puso toda su voluntad en las siguientes palabras.

— Por favor.

El elfo asintió. Después de eso, el mundo se volvió un remolino de actividad. Glorfindel, Díma (que no se desprendía de Trorr), Laeghir y Borko se pusieron en marcha de inmediato, dejando al resto recogiendo el campamento.



Borko era veloz para ser un enano, pero no podía competir con el elfo y la mujer montaraz, y una fuerza sobrenatural parecía empujar a Díma. Pasado un puente, Borko empezó a quedarse atrás. Las piernas le fallaron y los ojos se le nublaron, pero se esforzó en seguir adelante. En algún momento llegó a un pasillo decorado con delicados pilares. Fue ahí donde el resto de su grupo lo encontró, sentado en el suelo con la mirada perdida en un cuenco con un contenido blancuzco.

— Borko, ¿hay noticias? — Bannin se sentó a su lado. También él bebía un líquido similar.

En ese momento, unas exquisitas puertas de madera tallada se abrieron al otro lado del pasillo.

Elrond, señor de Rivendel, apareció al otro lado.

— El príncipe Trorr vive — dijo con una serena sonrisa.

Un rugido de alegría sacudió el pasillo. El elfo de cabello oscuro les dirigió una mirada de reproche.

— Entenderéis que tengo otros pacientes de los que cuidar y no puedo dejar que una turba de enanos perturbe su descanso. Borko, hijo de Moimir, te llevaré con tu sobrino. El resto seréis conducidos a aposentos más... adecuados.

Borko se levantó, haciendo caso omiso a los quejidos de cada uno de sus músculos. Alcanzó al elfo, y las puertas se cerraron tras de ellos. Caminaron en silencio unos minutos, dejando atrás fastuosos salones y habitaciones con camas separadas por delicados cortinajes. Montaraces con diversas heridas y gesto adusto les observaban al pasar. «Algo anda mal» pensó Borko. A su lado, la sonrisa había desaparecido de la cara de su anfitrión.

— ¿Qué ocurre, mi señor? — No recibió respuesta.

Por fin llegaron a una habitación más apartada. Glorfindel se encontraba apoyado contra la pared, el pelo dorado ligeramente desordenado. Sentadas en una cama, Laeghir abrazaba a Díma, que lloraba quedamente contra su pecho. Frente a ellas, Trorr dormía en una cuna de madera tallada. Sus extremidades seguían negras como el azabache, pero su rostro había recobrado el color habitual y la sonrisa. «Alabado sea el Hacedor».

Elrond cerró la puerta con delicadeza.

— Tengo malas noticias, Borko hijo de Moimir. Trorr se encuentra estable, pero requiere todos mis cuidados. Alguien ha intentado envenenarle con esto. — Elrond levantó un frasco de cristal, dentro del cual había una aguja negra finísima—. Artes oscuras. Si Laeghir no la hubiera visto a tiempo, no sé qué destino hubiera sufrido Trorr. Aún así puede que haya... consecuencias.

— Pero... — Borko tartamudeo, anonadado—. No entiendo.

— Borko, — Díma le miró con ojos enrojecidos—. Hay un traidor entre los enanos.



El día agonizaba mientras la luz del crepúsculo se filtraba por el ventanal frente al que Elrond, hijo de Eärendil y Señor de Rivendel, dirigía su mirada como presa de una repentina ensoñación.

— Habéis traído el mal a las puertas de mi casa. —sentenció, dando media vuelta.

El medio elfo había convocado a Borko, como representante de los enanos y pariente del niño, y a Laeghir como representante de la partida de dúnedain que los había traído hasta Imladris. Ante la dureza de las palabras, Borko sintió temblar a la dúnedenth a su lado. No había visto zozobrar a esa mujer desde que cruzaran sus caminos en lo que parecía una eternidad, pero no había que poseer los poderes de Aulë para imaginar el gran respeto que ésta profesaba a los elfos de Rivendel.

— Mi Señor Elrond —acertó a entonar Laeghir— creedme cuando os digo que cualquier oscuridad que fuera a traspasar vuestro umbral junto a nuestra partida, habría sido combatida de haberse revelado antes. Los Dúnedain sabemos bien que Rivendel es lugar de curación y reposo.

— Tranquila, Laeghir, nieta de Arassuil. — dijo el Rey elfo levantando su mano de manera conciliadora. De su rostro sin edad destacaba el fulgor de sus ojos cuando dirigió su atención al líder de los enanos— Borko, hijo de Moimir; no sería justo desterrarlos de Rivendel ahora que tu sobrino necesita de todos mis cuidados, pero alberga en el seno de tu compañía una ponzoña que en Imladris no tiene cabida...

Borko bajó la cabeza, derrotado. “Hay un traidor entre los enanos” había dicho Dima y el propio Rey de los elfos lo confirmaba, pero ¿de quién sospechar? ¿Nordri, al que casi cercenan el pescuezo los orcos? ¿Armil, que había protegido al niño con su propio cuerpo? «¿Por qué el traidor debe ser uno de los míos? Hombres y elfos, de brillantes ojos y patas largas, no son de fiar.»

— No creas que desconozco tus dudas — dijo Elrond, tras una pausa que pareció una eternidad—, pero si quieres tener éxito en tu tarea, hay que curar la raíz de este mal antes de continuar vuestro viaje. — Se dirigió hacia las puertas de la sala con paso firme — Glorfindel hará los preparativos.

Más tarde y, escoltado por el propio elfo de cabellos dorados, Borko encontró a sus compañeros en un hermoso claro protegido por el edificio principal de Rivendel.

Le alegró comprobar que habían sido bien atendidos, pues fue recibido con palmadas en la espalda y en el aire se alzaban estruendosas risas. La noche ya se había cernido sobre ellos, pero las paredes que los rodeaban brillaban con una luz azulada que parecía emanar de su propio interior. «Como joyas incrustadas en la piedra», pensó Borko.

— *Silmë*, luz de estrellas —dijo Glorfindel, leyendo sus pensamientos—. Respira su paz, enano, pues una prueba que no puedo revelar os espera. ¡Ay!, el resultado es desconocido, incluso para mí.

— ¿Una prueba? — Borko miró abrumado al cielo estrellado un instante, para tan solo darse cuenta de que el elfo había desaparecido de su lado sin hacer el más mínimo ruido.

De pronto, se hizo el silencio y las voces socarronas dieron paso al asombro.

Elrond caminó hasta el borde del enorme balcón que se cernía, cual robusta rama de árbol, aunque tallada en mármol, sobre el llano en el que se encontraban los enanos boquiabiertos. El aura de curación parecía haber sido sustituida por la de un guerrero a punto de entrar en batalla. Flanqueando su espalda, a dos pasos, se encontraban Laeghir y Larmisil, los cabellos oscuros contrastando con la prístina luz estelar que inundaba el resto de la visión.

Elrond levantó sus brazos y entonó una canción que se hizo oír en cada rincón de Imladris.

*A Elbereth Gilthoniel
o menel palan—diriel,
Fanuilos, le linnathon
A tiro nin, Fanuilos! **

Con el último eco de sus palabras, el aura que rodeaba al señor de los elfos comenzó a intensificar su brillo; hasta que, de una de sus manos, incluso, pareció manar el propio ardor cegador de las estrellas. No había dolor,

pero aun así los ojos de Borko se llenaron inexplicablemente de lágrimas. Se encontraban presas de aquel trance, cuando el sonido de una risa macabra llegó con claridad hasta sus oídos.



Lisselin

La risa sacó a todos del trance en el que se hallaban sumergidos y fue sustituido por un estado de nerviosismo generalizado. Era complicado localizar de dónde provenía el sonido, daba la impresión de que surgía de varios lugares al mismo tiempo.

El portador de la risa permaneció oculto, pareciera querer hacer patente su existencia, pero sin exponerse directamente y desvelar sus intenciones.

Laeghir se estremeció al escuchar el sonido macabro, sin duda habían traído el mal al hogar de Elrond. Pero ¿a quién podía pertenecer esa risa? Miró a su alrededor y, en un vistazo rápido, se dio cuenta de que faltaba, al menos, uno de los enanos, ¿sería él el traidor?

* NOTA: No lo he podido mandar a la Comisión de Lenguas, perdonadme gente de bien, pero se supone que la traducción debería ser algo así como: "Oh Elbereth, Numinadora de Estrellas, que ves desde el cielo a lo lejos. Siempre Blanca, a ti te cantaré, ¡Oh, mírame, Siempre Blanca!"

Susurró sus sospechas a Larmisil y observó la reacción de Borko, parecía consternado y enfadado.

Sabía que le sería difícil admitir que uno de sus compañeros enanos era un traidor, no quería pensar en cómo se sentiría ella si se encontrara en esa situación con respecto a uno de sus compañeros montaraces. De todas maneras, había que descubrir al traidor, intentó deducir cuál sería el lugar del que provenía realmente la risa y buscar al enano que faltaba.

Borko también se fijó en quién faltaba en aquel claro, no encontró al orejas-picudas del que no se había aprendido el nombre ni tampoco a Belegbir. Se negaba a creer que uno de sus compañeros enanos fuera un traidor. En cuanto a los elfos, uno no se podía fiar de ellos, Belegbir parecía un buen muchacho, pero la raza de los hombres sucumbió fácilmente a la corrupción de los anillos, y, además, ahora que lo pensaba, era un poco extraño que lo hubieran dejado a él sólo a cargo de esconder y proteger al bebé. ¿Y si realmente no se estaba escondiendo para protegerlo, si no para entregarlo en el momento oportuno? O tal vez solo se trataba de la prueba de la que le había hablado Glorfindel. De todas maneras, lo mejor sería ir a ver si Trorr se encontraba bien.

Mientras tanto, Díma también escuchó una risa macabra. Actuó rápidamente cerrando los postigos de la ventana y el pestillo de la puerta, colocó además una silla bloqueando la manilla de la puerta para mayor seguridad. Se situó entre la cuna del bebé y las dos posibles entradas a la estancia y empuñó con determinación su puñal. No permitiría que le hicieran daño al pequeñín.

De pronto, la manilla de la puerta empezó a moverse, alguien intentaba entrar. Al no tener éxito, se oyó una maldición y un grito que dejaba entrever exasperación:

— Díma, soy yo, déjame entrar, vengo a proteger a Trorr.

Al reconocer la voz, Dima se dispuso a abrir. Y entonces, muchas cosas sucedieron simultáneamente.

Tras accionar la manilla, la puerta se abrió con violencia, por lo que Dima recibió el impacto, perdiendo el equilibrio. La brusquedad del movimiento apagó los candiles élficos. Tiempo después Dima recordaría haber pensado en la fragilidad del artesanado de los orejas-picudas, y lo poco que sobrevivirían éstos en las entrañas de la tierra, en unos aposentos como es debido. Pero no ahora, pues tenía asuntos más importantes de los que preocuparse.

El visitante, cuyas intenciones eran manifiestamente hostiles, todavía necesitaba sortear el cuerpo de Dima para acceder a la estancia. A lo lejos se oía la voz de Borko, apremiante "¡Dima! ¡No abras la puerta, Dima!" Trorr había comenzado a llorar, y su llanto era como el sonido de miles de guijarros precipitándose en lo profundo. Su adversario forcejeaba, impaciente. Pero Dima era una enana de Erebor y, del linaje de Dúrin o no, no iba a ser tan fácil apartarla de su cometido: proteger a Trorr.

Agarró al recién llegado por los brazos y plantó fuertemente los pies en el suelo. El visitante se sacudió, consiguió zafarse e inmediatamente utilizó su ventaja para propinar un codazo a Dima, que la hizo trastabillar y caer hacia atrás. Sin rendirse, Dima alargó la mano en un desesperado intento de retenerlo y agarró algo que sin duda era cuero. Tiró, con toda su fuerza, pero lo único que consiguió fue quedarse con lo que seguramente era un guante agarrado por un extremo. El atacante, viéndose libre, se apresuró a concluir lo que había venido a hacer. El llanto cesó.

Cuando Borko llegó a la estancia, unos segundos después, a la luz de la luna que atravesaba el umbral, pudo entrever a Dima, inmóvil como una estatua de los Días Antiguos, conteniendo las lágrimas de rabia, junto a la cuna vacía.

— Les juré que cumpliría con lo que me encomendaron, Borko. A Nirri y a Dís. Y he fallado.

Borko la tomó de los hombros y apoyó su frente contra la de ella, mientras susurraba unas palabras en Khuzdul.

Entretanto, el señor Elrond, Glorfindel, Laeghir y todos los demás habían llegado hasta la estancia. Detrás de ellos, los enanos, alertados por el escándalo, comenzaban a asomarse también. Al entender lo ocurrido, algunos cayeron de rodillas, se tiraron de las barbas y entonaron plegarias a Aulë.

Borko se giró hacia todos ellos.

— ¿En qué consistía la prueba? ¿¿¿¿¿¿Qué habéis hecho!!!!???

Dio un paso adelante dispuesto a... Recordó dónde estaba. En territorio de quién. No era un enano estúpido. No tanto.

Apretó los puños, hasta perder la sensibilidad en los dedos.

— Esto — dijo señalando a la cuna vacía — es obra vuestra.



Con la división del grupo principal y el muro de enanos formado por los enanos que decidieron enfrentarse a los orcos, los enanos a cargo del infante se vieron con una libertad tal que les permitió llegar a Khazad—Dûm en tiempo récord.

Una vez allí se presentaron ante el Rey Bajo la Montaña para completar la misión que habían iniciado hace tanto, que este humilde escriba lo ha olvidado.

— Mi Señor Durin, permítame presentarle mis respetos como humilde servidor de su casa que soy.

— Los Khazad somos un pueblo de honor, no necesito que te inclines ni tan siquiera ante mí. Tan solo dime quién eres y cuéntame tu historia.

— Soy Drec, hijo de Dreclor, nieto de Broglin, todos grandes defensores de nuestra querida mina. Y creo que nuestra historia no es tan interesante como lo que nos hizo comenzar el viaje que nos ha traído a este momento.

— Me intrigan esas palabras, así que cuenta y no te andes con demasiados acertijos. Al fin y al cabo, no somos elfos y no tenemos de qué avergonzarnos.

— Como gustéis. Hace unos meses vimos a unos balrogs por la zona donde teníamos nuestro campamento, así que nos armamos rápidamente y les dimos caza. El rastreo duró apenas un par de días hasta que dimos con la cueva oculta en donde se habían refugiado. Reconozco que nos sorprendió que esos seres aliados de Morgoth huyesen, pero tras darles muerte comprendimos por qué lo hicieron. En el fondo de la cueva había un bebé, pero no uno normal, sino uno de nuestra raza. Un bebé enano. No nos habríamos dado cuenta de no ser porque Gortling vio como un pequeño fuego acababa de extinguirse ahogando su luz por completo y acudió para comprobar de donde procedía realmente, puesto que todos sabemos que los Balrogs no necesitan hogueras ni fuegos.

— Interesante gesta. Y dime, ¿hallasteis también a los padres del pequeño?

— No. Y es lo que nos trae aquí. Pues quizás usted sea capaz de reconocer a cuál de las siete casas enanas pertenece.

— Esto se está poniendo muy intrigante. Demasiado para mi gusto. Pero, de acuerdo, muéstrame a ese niño y yo resolveré tu duda.

Drec se acercó a otro de los enanos que había en la sala y cogió al retoño con sumo cuidado, para después acercarlo a Durin y dejarlo suavemente en el suelo frente a él.

En cuanto Durin vio al pequeño sus ojos se le salieron de las órbitas y fue raudo a coger su hacha. “¡Estúpidos! ¡Eso no es un enano! ¡Eso es un Balrog!”

Los allí presentes pensaban que a su Rey le había pasado algo extraño pues actuaba como si tuviera delirios provocados por la fiebre del oro. Solo que allí no había oro.

“... Los Maiar pueden cambiar de forma a voluntad. Así que cuando matasteis a los otros balrogs este tomó una forma que le permitiese sobrevivir, algo que un enano jamás mataría: Otro enano.”

La situación se estaba volviendo tan surrealista que no cabía la menor duda de que al Rey Bajo la Montaña le había afectado algún mal terrible.

Y entonces ocurrió.

El bebé comenzó a cambiar de forma frente a todos los allí presentes. Dos alas de fuego y sombra comenzaron a crecer en su espalda y lo que antes se veía como carne ya no era tal, sino que era una oscuridad tan densa que casi se podía palpar. Y, una vez el ser Oscuro adoptó su forma real por completo, el caos se desató.



— ¿¡Cómo te atreves a hablarle así al Señor Elrond, enano ingrato!? — le espetó uno de los guardias que acompañaban a Elrond, mientras se llevaba la mano a la empuñadura de la hoja élfica que portaba.

Esto no pasó desapercibido para Borko, que ahora sí estaba dispuesto a empuñar su arma. El ambiente estaba demasiado crispado, y otro mínimo gesto hostil podía desembocar en tragedia.

El ruido de un breve aplauso consiguió lo imposible: que todos los presentes olvidasen por un instante la situación y dirigieran su mirada hacia el origen de tan inusual (y claramente inapropiado) sonido.

— Bien, bien, bien... y ahora que tengo vuestra atención... — dijo el responsable de tamaña osadía. Era un enano de barba blanca como la nieve, entrado en años, pero no anciano, que aguardaba en el umbral de la estancia. Borko reconoció al enano como uno de los integrantes de su grupo.

— Lo primero. Borko, hijo de Moimir. No deberías faltar así al respeto a quien te ha dado alojamiento y prestado su ayuda, hijo. — hizo una ligera reverencia hacia Elrond, como pidiendo disculpas por el comportamiento de su temperamental líder. La cara de Borko se ruborizó levemente. Y cuando se disponía a replicarle a su interlocutor, este hizo un gesto de autoridad con la mano que hizo que Borko se replantease lo que iba a decir. Quizás en el fondo ese enano tuviese razón.

— Lo segundo, me presentaré, ya que veo sorpresa en vuestros rostros. Soy Lokhom, hijo de Konan. Y creo que necesitáis de mi consejo.

El enano entró en la estancia, dirigiéndose hacia una de las sillas que yacía tirada en el suelo de la sala debido a la violenta intrusión del desconocido hacía un momento. Levantó la silla, la colocó de cara a la audiencia que lo miraba con una mezcla de sorpresa e inquietud y se sentó en ella, ligeramente recostado. Sacó de un bolsillo de sus ropajes una pipa y una pequeña bolsa, y procedió a cargarla con el tabaco de la bolsa. Los elfos miraron a Elrond, esperando que le afease al venerable enano su proceder. Pero Elrond, nada dijo, y permaneció en silencio mientras observaba el proceder del recién llegado.

— Díma, querida... Si eres tan amable... — se dirigió a la enana, señalando el único candil que permanecía aún encendido, luchando por no apagarse. Díma lo recogió, y una vez la llama volvió a brillar con fuerza, se lo acercó a Lokhom, quien lo tomó con su mano izquierda mientras con la derecha sostenía su pipa preparada, y procedió a encenderla.

— Gracias, hija. — Lokhom le dirigió una sonrisa de agradecimiento a la aya, que aún seguía compungida por el reciente rapto de Trorr.

— Maese Lokhom, ¿cómo podéis ayudarnos en tan aciagos momentos? — le preguntó Elrond.

— Mi Señor Elrond, — le respondió Lokhom — la edad me ha enseñado a observar, y a deducir de lo observado. Una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad. Así pues, creo que puedo ser de ayuda para dilucidar este misterio que nos ocupa. ¿Quién ha secuestrado al príncipe Trorr?

Todos los presentes, ya fuesen elfos, enanos o dúnedain, observaban y escuchaban con suma atención al enano. La tensión de hace unos instantes había dejado paso a la calma, calma que Lokhom deliberadamente había producido con su teatral puesta en escena.

— Si observamos con atención, nos daremos cuenta de que la puerta de esta estancia, que ahora yace fragmentada en el suelo, cedió al aplicarle gran fuerza en un punto determinado. Dicho punto, como podréis comprobar, queda demasiado alto para que un ser de menguada estatura lo hubiese podido hacer sin algún tipo de ayuda. Eso nos lleva a descartar, como todos los khazâd pensamos, que uno de nosotros fuese el causante de la fractura de la puerta.

Los enanos allí presentes mostraron su conformidad con lo dicho por Lokhom.

— Pero, además, si nos fijamos en el quante que Díma sustrajo de nuestro asaltante, podremos ver que es demasiado grande para las manos de cualquiera de nuestros amables anfitriones. Por ello, me atrevo a afirmar que tampoco ninguno de los Eldar aquí presentes son responsables del rapto, al menos no directamente. Los elfos afirmaron en silencio.

— Además, su manufactura es tosca, y la piel con la que se ha elaborado está ajada y descolorida, algo que ningún dúnedain permitiría en su equipo. Esto descarta también a nuestros amigos montaraces como causantes de nuestra desdicha.

Laeghir, en su fuero interno, sintió un gran alivio. No se habría podido perdonar que uno de los suyos fuera el culpable.

— Pero, si no fuese suficiente con lo que os he mostrado, aún hay más.— Lokhom se levantó de su asiento y se dirigió al ventanal, abierto de par en par, por donde debía haber huido el intruso con su valioso rehén. Se asomó por la apertura y agarró algo.

Al volverse hacia los demás, sostenía en sus manos una sogá atada a un gancho de un hierro oscuro y algo oxidado.

— Esto nos da más pistas sobre a quién nos enfrentamos, y no solo a quién, sino a cuántos de ellos.

Procedió a entregarle la prueba a Elrond, quien la observó con detenimiento, y luego dijo:

— ¡Vuestra capacidad de observación es asombrosa, Maese Lokhom! Cierto es que, por la disposición del gancho, debió de ser lanzado desde algún punto de la explanada bajo esta ventana. Y puesto que nuestro atacante entró por la puerta, debió de haber otro abajo para afianzar el gancho que permitiría la huida de su compinche. Mas me temo que aún no logro comprender como han entrado dos asaltantes en Rivendel. Tenemos guardias vigilando todos los accesos. Y no se ha notificado ninguna intrusión.

— Eso se debe, mi Señor Elrond, a que alguno de esos centinelas ha sido, lamentablemente, eliminado por el enemigo. Y me atrevo a decir que el fatal encuentro ha tenido lugar allí — dijo Lokhom señalando a un punto de la muralla exterior, donde una atalaya se erigía.

Elrond, visiblemente preocupado, envió a dos guardias a comprobar si las pesquisas del enano eran ciertas. Y no tardaron en confirmarse sus temores. Los dos guardias volvieron con rostro compungido. Uno sostenía en sus manos un par de flechas de punta y plumas negras, demasiado pequeñas para haber sido disparadas desde un arco de tamaño normal. El otro sujetaba un casco, similar al que él mismo vestía, pero visiblemente dañado, lo que podría indicar el destino de su portador.

— ¡Malditos...! — masculló Elrond entre dientes.

Lokhom le dio unas palmaditas de consuelo en la espalda (hasta donde alcanzaba el enano) a Elrond, quien le agradeció el gesto con una mirada fraternal. Cuando este recobró su habitual compostura, se dirigió a los allí presentes:

— Amigos míos. Debemos dar gracias a Mahal por concedernos el honor de tener entre nosotros a un Khazâd tan observador e inteligente. Gracias a él, ahora sabemos quien es el enemigo. Y yo os prometo, Borko, hijo de Moimir, y Dima, hija de Dadler, que encontraremos al príncipe Trorr sano y salvo, y vengaremos la afrenta que los siervos de la Oscuridad nos han causado. — Tras esto, dio unas órdenes en élfico y comenzó el rescate de Trorr.



Pronto la estancia empezó a vaciarse. Borko no necesitaba entender el idioma de los orejas-picudas para apreciar la firmeza de la voz de Elrond al dar órdenes, y la presteza con la que su pueblo le obedecía. El propio Borko quería lanzarse a la caza de los raptos de Trorr, pero las piernas no le acababan de responder. Quizás algo le retenía en la habitación, o quizás el agotamiento después de tantos días de tensión había podido finalmente con él. Quizás otro enano debería haber sido el elegido para esta misión. Alguien más joven y fuerte, como Bannin; o más sabio y perspicaz, como Lokhom. No Borko, por mucho amor que sintiera por el príncipe perdido. Claramente, ni la sangre compartida ni todo el cariño en su corazón habían podido evitar que Borko le fallara a su sobrino y, por ende, a toda su familia.

Una mano cálida se posó sobre su hombro, desterrando por un momento la negrura de sus pensamientos. Borko se sorprendió al descubrir que no era Lokhom quien le consolaba (el viejo enano seguía fumando su pipa y contemplando la ventana abierta con el ceño algo fruncido), sino el esbelto Glorfindel.

— No temáis, maese enano. Encontraremos a vuestro sobrino. — El elfo clavó en él sus ojos brillantes como gemas recién talladas, y Borko sintió que su corazón latía con fuerza una vez más. — Tenéis mi palabra, — añadió el elfo, su promesa apenas un susurro en el oído del enano.

— Es todo mi culpa, todo mi culpa — sollozaba Díma en brazos de Laeghir. La montaraz también se había quedado atrás y acariciaba tiernamente los cabellos de la enana, como ya había hecho cuando Elrond les anunció la existencia del traidor. Pensándolo bien, Borko no podía sino sorprenderse por cómo había evolucionado la relación entre montaraz y aya, quienes apenas unas horas atrás habían estado a punto de cruzar puñales.

— Por supuesto que no lo es, Díma. Ya has escuchado a Maese Lokhom. Dos extraños, sirvientes de la Oscuridad, consiguieron infiltrarse en Rivendel. Ni siquiera el señor Elrond con todo su poder pudo evitarlo.

— Y sin embargo... — Algo en la voz de Díma cambió a mitad de sollozo. — Y, sin embargo.

Lokhom dejó de mirar por la ventana y enarcó una ceja. — ¿Ocurre algo, hija?

— Ocurre que te has equivocado, Lokhom. — La enana se encaminó hacia la puerta. — Tú y yo nos conocemos bien. No es la primera vez que te apresuras en tus conjeturas y tu fantástica inteligencia te arrastra un túnel más allá de la veta de mithril que buscas.

— Si te refieres a aquel escándalo con el viejo rey, me faltaba información...

Borko se sonrojó. Sabía muy bien a qué historia se referían ellos dos. Lo que era peor, por la mirada divertida que Elrond y Glorfindel intercambiaron brevemente, esas noticias habían llegado en su día incluso hasta algunas orejas-picudas.

— Y ahora también te faltan datos. Cerré la puerta. Cerré la ventana. Pero luego volví a la puerta para abrir, toqué la manilla. Si no hubiera estado tan cerca, la puerta no me habría golpeado cuando la forzaron. ¿Entonces, por qué me acerqué?

— No fueron dos extraños. — Los ojos grises de Lokhom se abrieron en alerta. — Reconociste una voz al otro lado. El traidor.

— ¡El traidor! — el corazón de Borko dio un vuelco.

— Armil — escupió Díma. — Entre el golpe de la puerta, la pelea y la pérdida de Trorr, no he podido atar cabos hasta ahora. Pero suya era la voz que oí.

— ¡Armil! ¡Imposible! Pero el punto de impacto...la puerta...

— Sí, Borko, hijo de Moimir. — Lokhom suspiró. — Dos atacantes. Un enano traidor, y un desconocido con un guante de mala factura. El enano atrajo a la buena Díma hacia la puerta, mientras que su compinche tenía la tarea de incapacitarla. Pero las enanas están hechas de la misma sustancia que las montañas, y una simple puerta en las narices no es suficiente para noquearlas. Así que mientras Díma forcejeaba con el extraño, Armil se deslizó en la oscuridad hasta la ventana y la abrió. Enganchó el garfio y descendió a pulso, como cualquier enano que se precie sabe hacer.

Lokhom señaló unas marcas de barro en la pared, apenas visibles a la luz de las estrellas. — No sé si habéis notado que había algo más relacionado con esta ventana que no me gustaba. — El enano acarició pensativo su impoluta barba blanca. — No me encajaba que en la casa del señor Elrond hubiera ni la más mínima marca de suciedad, pero no dije nada antes por no insultar a nuestro honorable anfitrión. Armil no fue lo suficientemente cuidadoso, y en algún momento llegó a rozar la pared.

— Entonces...Armil bajó y desde ahí afianzó el otro extremo de la soga para que el desconocido pudiera descender con Trorr — Laeghir dijo mientras se incorporaba, siguiendo el hilo de las explicaciones de Lokhom con mucha más facilidad de la que Borko era capaz en ese momento. — Posiblemente antes había ayudado a su compinche a deshacerse del guardia y esconderse en Rivendel. Seguramente ocurrió en algún momento de la tarde, mientras el grupo se recuperaba. Pero, ¿por qué iba un enano a traicionar vuestra confianza? ¿Y, cómo no nos dimos cuenta de que había un extraño entre nosotros?

— Puedo responder a tu segunda pregunta, noble Laeghir, nieta de Arassuil. Prepara tu corazón, pues las nuevas que traigo no son buenas.

Aquel que llamaban Elladan había regresado a la habitación, acompañado del elfo cuyo nombre Borko aún desconocía. Ambos lucían pálidos y entristecidos, y el hijo de Elrond tomó con infinita delicadeza la mano de Laeghir, como si temiera que la aguerrida dúnedénith fuera a romperse de un momento a otro.

Borko reparó en el rostro de Elrond, con las nobles cejas fruncidas en un gesto inescrutable. ¿Qué podían haber descubierto los elfos para causar ese gesto de preocupación en el señor de Rivendel?

Díma agarró la otra mano de Laeghir, dispuesta a seguirla donde fuera. Avanzaron en una extraña procesión: Elladan, Laeghir y Díma guiando al resto del grupo más allá de la atalaya donde el extraño había penetrado la seguridad del reino de Elrond. Mientras avanzaban, Borko no pudo evitar lamentarse en voz alta.

— No tiene sentido. Armil casi dio su vida por la de Trorr. ¡Recibió tres flechas por defenderlo!

Glorfindel caminaba a su lado.

— Pensándolo bien, ¿acaso no es eso sospechoso? Los orcos tenían instrucciones expresas de capturar al bebé vivo. ¿Por qué dispararle?

— Los orcos son animales sedientos de sangre. Actúan sin pensar. — replicó Borko.

— Quizás era todo una estratagema para asegurar nuestra confianza ciega en Armil, llegado el momento.

La voz de Díma perdía todo su calor cada vez que mencionaba el nombre del enano.

— O quizás había algo especial en esas flechas, — intervino Laeghir. — Quizás Armil no era un traidor, sino que le envenenaron...emponzoñaron su mente para hacer que actuara en contra de su voluntad.

Borko quería agarrarse a la posibilidad que planteaba la mujer. Ojalá fuera cierto, ojalá pudiera mantener el recuerdo del honor de Armil intacto. Y sin embargo....

— Nada en esas flechas podría haber penetrado una doble cota de Mithril.

— Recuerda la finísima aguja que le clavaron a Trorr, — insistió Laeghir. — Estamos hablando de una obra del Enemigo. Todo es posible.

Borko solo podía pensar en como Armil había sido el último en sujetar a Trorr antes de que este empezara a llorar. «¿Cómo pude ser tan estúpido para no verlo?»

Abandonaron el sendero y se internaron en la foresta. Un rastro de ramas rotas indicaba la dirección a seguir, y pronto divisaron un grupo de elfos arremolinados enfrente de una gran roca de granito. Sus voces apesadumbradas enmudecieron al momento. Alguien encendió la vela de una lámpara, aunque Borko hubiera preferido contemplar la escena solo bajo la luz de las estrellas.

— ¡Mahal misericordioso!

Frente a ellos había dos cadáveres. Uno estaba apoyado contra la roca, el otro semi escondido en una zanja. Uno era muy reciente, otro llevaba unas horas muerto. Uno era un enano, y el otro un hombre.

Laeghir soltó un grito ahogado y se arrodilló frente al segundo.

«No es un hombre» pensó Borko. «Apenas era un muchacho.»

La mujer regó con sus lágrimas el cuerpo sin vida del joven Belegbir. Limpió su cara manchada de tierra y sangre coagulada, acurrucándolo contra su pecho con extrema delicadeza, pues un terrible tajo en el abdomen casi le había partido en dos pedazos.

— No es justo. No es justo.

Elladan se arrodilló junto a ella, claramente conmovido, pero sin saber qué decir.

— Hemos mandado un mensajero para avisar a los otros montaraces, pero ya habían salido para rastrear a quién raptó al infante — susurró otro de los elfos.

— Yo debería ser quien se lo diga a Larmisil — dijo Laeghir, pena y rabia contenidas en su voz. — Era su sobrino.

Borko no quería mirar más allá de Laeghir, Elladan y Belegbir. No quería pensar en su propio sobrino, en manos del responsable de aquella carnicería. No quería examinar el otro cuerpo, ni las runas enanas pintadas con sangre sobre el granito. Su cabeza zumbaba y apenas podía escuchar la voz de Lokhom a sus espaldas.

— Armil debió convencer al joven montaraz para que le acompañara a explorar. Una vez aquí, él y el extraño le mataron, y el desconocido usó su capa como disfraz. El guardia de la atalaya debió de percibir algo, y por eso le mataron también. Y luego escaparon con Trorr por el mismo camino. Pero, ¿cómo murió Armil? — Lokhom se inclinó sobre el cadáver del enano muerto. Las cotas de Mithril habían detenido lo peor del ataque, pero aún así lucía una tremenda laceración en la nuca, además de cortes menos profundos en tobillos y muñecas.



— El enano debió de estar bajo algún tipo de hechizo del Enemigo, un hechizo muy poderoso. La canción a Elbereth forzó exponer la verdad a la Luz, pero la Oscuridad se había adueñado demasiado de él. — Borko apenas podía prestar atención a las explicaciones de Elrond. — Me temo que no fue suficiente para evitar que el enano siguiera adelante con su misión. Pero quizás llegado a este punto empezó a resistirse, a arrepentirse. O quizás la tensión entre Luz y Oscuridad fue demasiado para su mente, y enloqueció. En cualquier caso, su cómplice ya no tenía necesidad de él, así que le asestó un golpe mortal y le abandonó moribundo junto al cadáver del bravo Belegbir.

— Pero Armil no murió inmediatamente — continuó Lokhom. — Tuvo tiempo de dejarnos un mensaje escrito con su propia sangre.

— ¿Un mensaje? ¡No tiene ningún sentido! — exclamó Díma. — ¿Acaso es una profecía? ¿O son los desvaríos de un loco?

Borko pudo al fin forzar la vista hacia las runas. Tenía que darle la razón a Díma. No era una confesión, ni una advertencia útil. Solo palabras y nombres sueltos, interrumpidos por garabatos sin sentido, pero cuya lectura hizo que la sangre se helara en sus venas.

Rey Bajo la Montaña. Misión...escriba. Durin. Drec. Bebé.

Durin. Drec. Falso. Fuego. Sombra.

Sombra y fuego.

El señor Elrond se acercó, ágilmente, pero sin dar muestras de ningún apresuramiento. Borko, sin embargo, ni tan siquiera vio como el medio elfo torcía la mirada mientras exploraba los dos cuerpos, y, sobre todo, intentaba encontrar algún sentido a las palabras que había escrito el difunto. Sin embargo, parecía que lo hacía con una visión más allá de la que sus propios ojos dejaban, y el semblante se le oscurecía cuánto más miraba. Glorfindel se acercó a él, como para intentar ver qué pensaba el medio elfo, pero sus ojos se nublaron apenas un segundo lleno de inconmensurable horror...

Las altas cumbres de las Montañas Circundantes se erguían majestuosas a la par que amenazadoras para el resto del pueblo de Gondolin, que huía de las tropas del Oscuro Enemigo del Mundo. Glorfindel marchaba con ellos, apesadumbrado como todos, por la caída de la más bella ciudad que jamás un hijo de Eru pudiera crear en más allá de las Pélori.

La huida era lenta, penosa y difícil por los desfiladeros de Cirith Thoronath, y es que casi todos estaban dejando atrás amigos y familiares, y las lágrimas de los elfos que intentaban vivir eran numerosísimas, y más de uno tropezó por culpa de las mismas.

Glorfindel, sin embargo, se movía por la columna, igual que hacía Tuor, animando y ayudando a todo elfo, elfa y sobre todo a los más pequeños que temblaban de terror por lo que habían vivido entre las calles de la antaño hermosa joya del rey Turgon. Algún tipo de presciencia élfica, o quizás simple suerte, puede que una intuición puesta en el corazón por Ulmo, señor de las Aguas que protegía a los gondolidhrim que huían, hizo que Glorfindel viera una llama e intuyera la emboscada. El enemigo los había descubierto y los orcos los atacaron.

Larga y terrible fue su lucha contra aquel ser de fuego y terror que Morgoth había puesto en su camino. Los orcos intentaban a la par aprisionar al resto de supervivientes, y solo la bondad de Manwë enviando a Thorondor y sus águilas pudo salvarlos a todos...

...a todos...

La sombra se irguió poderosa, rugiendo guturalmente mientras restallaba el látigo flamígero. Con una gracia sobrenatural, Glorfindel se interpuso, desenvainando su espada resplandeciente. La luz de sus ojos reflejaba la determinación y la valentía que ardían en su corazón, y quizás el conocimiento del final. El balrog, envuelto en llamas y sombras, rugía, desafiante.

Düriner

La lucha que siguió fue terrible, tan dura que ninguna canción la contaría jamás, pues nadie la había visto sobre la Tierra Media más que aquel valeroso elfo.

A cada golpe de fuego de su rival, la espada respondía con un certero movimiento, destellando y reflejando la luz de las estrellas frente a la oscura sombra. La voluntad del elfo era inquebrantable, pero el cuerpo comenzaba a acusar las horas de combate (quizás días, ¿quién sabe?). El elfo tropezó. El balrog, incansable, lanzó una mortal estocada y rio, con gutural y bárbara maldad. De un golpe, lanzó al derrotado elfo hasta el borde del abismo de la Cirith Thoronath, y se giró, dispuesto a cumplir la misión de su negro amo.

Y la luz de los árboles le envolvió. Mandos le llamaba. Pero no sin antes hacer lo que Ulmo deseaba: que la Roca que Canta viviera en sus supervivientes. Y con un supremo y último esfuerzo lanzándose sobre el valarauko, ambos cayeron por el abismo...



Viendo en sus ojos el terror, Elrond se levantó, y girando la cabeza, dijo:

— ¡Id a por unos caballos a Imladris. Rápido. Elladan, Glorfindel, liderad una partida con caballos, intentad cortar su huida más al norte, y si no uniros a los montaraces que ya salieron en su busca.

— No, mi señor Elrond. — Dijo el elfo, decidido, aunque todavía con el semblante demudado — Yo acompañaré a los enanos, si lo permiten.

Parecía que había perdido muchas de sus reticencias para con los naugrim tras ese instante, de vacilación, que apenas nadie había notado. Excepto Lokhom, quien se puso al lado del elfo, al que le dijo en voz baja:

— Si tienes miedo, no vas a ayudar. Así que, estimado orejas-picudas, te toca hacer de tripas corazón. — Quizás, en su amplio conocimiento, el sabio enano sabía con quién hablaba.

— Así sea entonces, Elladan. Corre. Avisa al resto de la casa y los enanos que allí queden. Que tu hermano los guíe siguiendo los pasos de la partida de búsqueda. — Elrond giró la cabeza y se dirigió a los enanos presentes y los montaraces — Y tú, Glorfindel, con los enanos irás a pie. Pero todos, oíd lo que en mi corazón despierta a la vista de todo esto. Aquí hay algo más que odio a los enanos, y alguna oscura fuerza se mueve, inquieta tras la batalla de Azanulbizar, y busca poder. Espero por nuestro bien que no sea el poder del que habita el Bosque Negro. Ese veneno que dominó la mente poderosa de un enano tiene que ser producto de una malicia enorme, y que odie a los enanos.

Borko seguía absolutamente ido. Con rapidez, las instrucciones de Elrond comenzaron a cumplirse, y los enanos que estaban allí, apenas la mitad del grupo, se pusieron al lado de Laeghir, a la que preguntaban con avidez si podría seguir el rastro. Tanto Danil como Geas insistían mucho a la dúnedenith en que deseaban partir.

— ¿No han ido ya otros montaraces a rastrear?

— Seguro que los podemos alcanzar

— ¡Y dejarán pistas de su camino!

— Hay que ir tras de él

— ¡Queremos vengar la muerte de Armil!

— ¡Nadie se burla de los hijos de Mahal!

— ¡Por Throrr!

— ¡Casa de Durin!

Las voces se entrecruzaban y era difícil distinguirlas. Borko seguía como en un estado de shock, ahora agachado junto a Armil y a Belegir. No podía creer la muerte, la traición, o la oscuridad que había llevado a una inconsciente traición y muerte. Y, sobre todo, ¡Throrr! Su honor familiar y su responsabilidad se habían quedado destrozadas. Pero agachó la cabeza. No podía levantarla. Elrond daba instrucciones a otros elfos, que peinaran la zona. A uno de ellos, Irsimil, le dio instrucciones de acompañar a los enanos, Glorfindel y Laeghir, y que con cualquier nueva corriera de vuelta a Rivendel, pues era el más rápido de cuántos habitaban su casa.

Dima se mesó la barba, mientras un fuego iba creciendo en su mirada. Se acercó a Borko y lo levantó, zarandeándolo.

— ¡Hijo de Moimir! Mirame a los ojos y únete a mi promesa, no descansaremos hasta encontrar al segundo heredero al trono de Durin. — Y con el hacha, tomó un mechón de su barba, y pronunció un juramento en la lengua secreta de los enanos, de la que los elfos y Laeghir apenas entendieron las palabras “Khazad” y “Mahal”, pero que sonaba terrible y lleno de ardiente venganza.

Según Borko escuchaba las palabras de la enana y toda la fiereza que llevaban iba levantando la cabeza poco a poco, saliendo de su estupefacción, y en instantes ardía en él una cólera que sólo los Khazad podían entender, raza de gran fidelidad y difícil perdón de las afrentas.

La ira de la raza de Dúrin se había desatado.

Elrond apenas hizo un breve gesto de buena voluntad, mientras Borko aceleró el paso, sin hablar siquiera, hacia el lugar por dónde sabían que se había ido el secuestrador, seguido de Dima... De primeras, la dúnedenith tuvo hasta dificultades para seguirle, así como Glorfindel, Irsimil y los enanos Danil, Geas y Lokhom, dejando rápidamente atrás a Elrond y los elfos.

Pasadas un par de horas la persecución se volvió una danza en la penumbra del bosque. El susurro de las hojas se mezclaba con el crujir de ramas bajo los pies de los perseguidores. El misterioso captor, siempre un paso adelante, dejaba pistas que solo ojos agudos como los de Laeghir podían descifrar, por lo que ella se colocó delante de la columna de enanos y comenzó a seguir las pistas. Ya rayaba el amanecer cuando hicieron una pequeña parada, mirando ansiosos atrás para ver si llegaban el resto de enanos o quizás alguna señal de los jinetes elfos que Elrond había enviado a cortar el camino.

La mañana había comenzado a alborear por detrás de las montañas, mientras seguían dirigiéndose aproximadamente al norte. Laeghir comentó:

— Parece que intenta despistarnos, pero al final siempre sigue una dirección, no tengo duda. — La seguridad de la dúnedenith era aplastante. Borko asintió, pero no habló. Ardían sus ojos como teas, pero no hablaba ni miraba a nadie, tan sólo al camino que tenían por delante.

No tenían nada de comer, y además no había tiempo para poder pararse a cazar o recoger nada, y esperar, como decía Dima, sería perder la pista de alguien que les llevaba una ventaja que no podían estimar bien del todo.

Con celeridad, continuaron en esa primera jornada, que estuvo marcada por la incertidumbre, ya que la montaraz no era capaz de identificar la distancia que les llevaba el secuestrador. Los rastros fugaces que dejaba eran claros para la mirada experta, y no hubo decisiones difíciles sobre qué camino tomar. Los susurros del viento entre las hojas se mezclaban con el crujir de ramas bajo sus pies, y una sensación de apremio crecía en todos ellos.

En un arroyo que bajaba de las montañas y que debía desembocar en el Fontegrís, pararon a beber algo, ya que el ritmo se hacía cansado. Incluso tuvieron la suerte de poder comer unas pocas bayas, a todas luces insuficientes, pero Borko, tras apenas unos minutos, inició nuevamente la marcha, impelido por el ansia de venganza enana. Los perseguidores, fatigados pero decididos, avanzaban mientras el bosque clareaba cada vez más, pero no dejaba de serlo. Las horas pasaban, y no había señal de ninguno de los aliados, pero tampoco de que se acercaran al secuestrador.

— ¡Grauuuurrrr! — Un bestial y sanguinario rugido sorprendió a Laeghir, que cayó al suelo empujada por un orco bestial y enorme. El grupo había sido sorprendido por una horda de orcos que estaba saliendo de unas zanjás que quizás en su tiempo habían sido arroyos, ahora cubiertas de maleza. Los rugidos guturales rompieron la paz del bosque, y los huecos entre los árboles se convirtieron en un tumulto de acero contra Fontegí acero.

El combate fue feroz y despiadado. Los orcos, con sus ojos llenos de malicia, se lanzaban sobre los valientes perseguidores en un número al menos tres veces mayor. Borko blandió su hacha con furia, mientras Glorfindel, con la gracia de un danzante, repelía los ataques con su espada resplandeciente. Dima, en el epicentro de la batalla, intentó rápidamente llegar hasta Laeghir que se debatía contra el gran orco que la intentaba golpear con una maza negra.

Borko, en su furiosa ceguera de combate, había olvidado proteger su espalda, y al grito de "¡CIUDADO!" Geas lanzó su sartén, derribando a un orco que había estado a punto de destrozar al enfurecido Borko. Dima, mientras tanto, había conseguido liberar a Laeghir, que apenas tenía unos golpes, y se habían acercado a Glorfindel. Los enanos comenzaban a retroceder, ya que la presión de los orcos, tanto numérica como por el cansancio de los perseguidores que casi llevaban veinticuatro horas sin comer, era enorme.

Lokhom, el enano anciano, dio un traspiés con una raíz, momento en que un orco aprovechó para hacerle un corte con su oscura cimitarra. El elfo de Imladris lanzó un grito mientras saltaba ágilmente hacia donde había caído el enano, y eliminaba a dos orcos, mientras Danil se acercaba a cubrir a su compañero enano caído. En ese momento, una flecha negra golpeó a Irsimil, que intentó mantenerse en pie, pero al que el dolor le jugó una mala pasada y un orco certero le golpeó con un hacha roma, cayendo sin exhalar ni un suspiro. Los enanos ya no podían hacer nada, ni la prodigiosa habilidad de Glorfindel...

— *Baruk Khazâd! Khazâd ai-mênu!*

El grito de guerra enano resonó desde varios lugares diferentes. Al fin, el grupo que había salido más tarde les había alcanzado, y el ataque inesperado resultó devastador para los orcos, que, atacados en varios frentes, terminaron cayendo ante el resplandor de las espadas élficas de Glorfindel y Elrohir y la tormenta de ira enana en forma de afiladas hachas. El ataque sorpresa de la emboscada se había vuelto contra los enemigos que habían recibido de su propia medicina.

Laeghir y Dima, con rapidez, se acercaron a Lokhom e Irsimil. Pudieron ver como Lokhom se incorporaba, dolorido y con heridas y la barba blanca ensangrentada, pero bastante entero... cosa que no pasaba con Irsimil, quien apenas podía moverse, respiraba con dificultad y miraba vidrioso hacia arriba...

— Descansa, escucha la llamada de Mandos. Has sido digno. — le dijo Elrohir, con rostro demudado, mientras le tomaba la mano...

— ¡HABLA! ¡MALDITO SANGRE NEGRA! ¡Rukhs despreciable, dime por dónde se ha ido! ¡DÍMELO YA! — Borko estaba gritando a un orco que todavía respiraba, mientras lo sacudía violentamente amenazándole con el hacha, absolutamente desquiciado y una furibunda mirada con los ojos inyectados en sangre — ¡HABLA, MALDICIÓN!

Pero de la boca del orco sólo salieron dos palabras y una risa macabra...

— Trorr... ha ha ha... nazg Trorr ... ha ha ha



— ¡Ahhhhh!

— Tranquilo, tranquilo. — Aquel hombre puso un paño húmedo sobre la frente del enano, quien se movía agitado sobre el camastro. Agarró su mano con suavidad, tratando de calmarlo. Lo que sucedió al cabo de un rato.

Hubieron de pasar varias horas hasta que el enano abrió los ojos de nuevo y miró en derredor. Se encontraba en un lugar desconocido por completo. Parecía una pequeña cabaña de una única estancia con paredes de piedra. Por un ventanuco al frente entraba luz crepuscular. En el centro de la casa, el hogar chisporroteaba y su humo se elevaba hasta escapar por una abertura en el tejado de mimbre.

— ¿Dónde... dónde estoy? — El hombre, que estaba sentado de espaldas, al escuchar eso se acercó—. ¿Y quién eres?

— Mi nombre es Brandon, soy un pastor de la ciudad de Bree.

— ¿Estamos en Bree? Maldita... — El enano trató de incorporarse, pero los brazos le fallaron y quedó de nuevo tumbado en el camastro.

— No, esta cabaña se encuentra cerca del Puente Último. ¿Y vuestro nombre es?

— Soy Drec, hijo de Dreclor, guerrero de Erebor —pronunció en su marcado acento—, ¿y cómo he llegado aquí?

— ¿No recordáis nada? De entre los cadáveres de la batalla, os rescaté. Me temo que sois el último superviviente. Según mis cálculos, habría algo más de cuarenta enanos sobre el campo. Del otro lado, alrededor de cuatrocientos cadáveres orcos, un centenar de huargos y dos trolls, uno muerto con multitud de heridas y otro convertido en piedra.

— ¿Piedra? Hmmm... —El enano se pasó la mano por los vendajes de su cabeza, dubitativo—. Eso querrá decir que el espectro huyó de allí, llevándose consigo los nubarrones.

— Algo que me llamó la atención —continuó Brandon— es que mientras que os traía aquí y durante el día que habéis pasado, habéis hablado muchísimo en un idioma que desconozco por completo, pero algo se repetía a menudo, creo que un nombre: Trorr.

— Ah, sí, Trorr, es por él, que estamos... —De pronto, el enano se echó las manos a la cabeza—. Pero ese bebé no es tal, ¿es el Daño de Durin! Yo se lo entregué y, con ello, condené a muerte a nuestro rey y a nuestra raza.

— No soy ningún experto —replicó el pastor—, pero de las muertes del rey Durin y su hijo, y del posterior abandono de Moria han pasado más de ochocientos años. ¿Cómo ibais a ser responsable?

— No lo entendéis. Es mi culpa. No lo entendéis —sollozó.

— Estáis delirando. Debe ser fruto de la conmoción o de las hierbas curativas que os hice aspirar. Será mejor que descanséis.

Lejos de allí, un hombre y un elfo galopaban en sus corceles en pos de dos figuras embozadas que escaparon de Rivendel, rumbo al norte, con un bebé en sus brazos. Al fin, lograron divisarlas en lontananza.

— Si siguen a este ritmo, mañana llegarán a las landas de Etten. Y de ahí, es poco más de un paso hasta Angmar.

— Démonos prisa por alcanzarlos.

Sin permitir que sus monturas se detuvieran, continuaron la persecución a través de senderos trazados entre la vegetación. A punto ya de alcanzarlos, doblaron una esquina rodeando una formación rocosa cuando, de pronto, un ser de fuego y sombra se abalanzó sobre los dos jinetes.

“Trorr... nazg Trorr”.

Las palabras retumbaban en la cabeza de Borko mientras corría y corría siguiendo y a la vez apremiando a Laeghir a avanzar tras el rastro. “¿Te genera confianza?” le había dicho Díma, y desde aquella conversación, la propia enana había sufrido un cambio radical en cuanto a sus afectos hacia ella. Pero no estaban siendo suficientemente rápidos. No lo estaban haciendo lo suficientemente bien.

Hacia unos días, Laeghir había manifestado que el rastro volvía a mostrar dos individuos. Hace unas horas, que huellas montaraces se habían incorporado al mismo. “Inconfundible. Vamos por buen camino” había dicho.

Pero no se veía a nadie. Ni los orejas-picudas, con su penetrante vista, manifestaban novedad alguna. «Es leal. Es comprometida. ¿Pero es suficientemente buena entre los suyos? Apenas es una muchacha».



Conchi Agüera

Un frenazo en seco de la vanguardia interrumpió el hilo de sus pensamientos.

Levantó un brazo, señalando así a toda la columna que se detenían. Ésta la formaban ahora los enanos supervivientes de aquella lejana hoguera en Amon Sûl, reunidos y diezmados tras la última escaramuza, y un puñado de elfos encabezados por ese Glorfindel que no cesaba en su cordial e incómoda amabilidad. Tendría que hacer una seria revisión de sus afectos cuando todo esto acabara. Demasiada buena gente por el mundo para el, hasta hace muy poco, hosco y huraño hijo de Moimir.

— No estamos solos —le dijo Laeghir en un susurro, girándose ligeramente hacia él.

Toda la compañía comenzó a acercar las manos a sus armas, prestos a reaccionar a un nuevo ataque.

— ¿¡Quién anda ahí!? —gritó Laeghir—. ¡Muéstrate!

— ¡Bajad las armas, hermanos! —se oyó decir a una voz conocida. El rostro de Laeghir demudó en un gesto de alivio cuando Harlann, Menether y el resto de montaraces supervivientes del campamento aparecieron entre las sombras.

— Sois más que bienvenidos —le dijo el primero, estrechándole el antebrazo al modo montaraz—. Venid junto al fuego, os pondremos al día de la persecución.

La recién llegada cuadrilla fue conducida por un estrecho sendero hasta un área resguardada de miradas y posibles ataques. Se trataba de montaraces experimentados, y todo en su manera de acampar lo demostraba: las armas prestas, los puestos de guardia hacia la senda, el posible camino de huida... Hacían mucho con muy poco.

— Vuestro compañero nos alcanzó hace unos días — les explicó Harlann, dirigiéndose a Glorfindel.

— Lanador —aclaró el elfo—. Nos acompañaba el día que os encontramos Elladan y yo —dijo dirigiéndose a Laeghir—. Partió de Imladris tan pronto como quedaron distribuidas las partidas de rastreo, si recordáis.

Laeghir asintió.

“Así que el elfito danzarín tiene nombre” pensó Borko en su fuero interno.

— Venía a caballo, con otro de refresco. —continuó Harlann— Larmisil partió con él como avanzada, mientras el rastro era todavía fresco. Nosotros los seguimos en la distancia, sabiendo que de un momento a otro tendríais que aparecer. De eso hace tres lunas.

— El rastro es confuso, pero estoy por asegurar que hay de nuevo dos captores —dijo Laeghir. Ese “de nuevo” se clavó en el ánimo de Borko como una estaca. “Pobre Armil”.



Conchi Agüera

— *Y aseguras bien* —añadió Menether, que estaba cerca, junto al fuego, procurando sustento para toda la compañía—. *A pocas millas al norte de Imladris se le unió otro detestable compañero. Son hombres del Norte, viles, pero descuidados. No parecen ser muy duchos y su rastro es fácil de seguir. Dudo muchísimo que sean los artífices de la conspiración. Sólo los ejecutores. Negras sombras se extienden todavía sobre el ánimo de los habitantes de Angmar, aun después de tantos siglos de...*

— *¡No lo nombres!* —le increpó Glorfindel—. *Ni siquiera aquí, entre amigos.*

Borko no aguantaba más.

— *¡¡BASTA!!! ¡Pasan los días, y habláis, y habláis, pero no alcanzamos a esos (añadió algo en Kuzdhûl que pocos en el campamento fueron capaces de comprender) que tienen a mi sobrino! ¡Así no vamos a solucionar nada! ¡Al menos espero que esos orejas-picudas que envió Elrond como avanzadilla puedan cortarles el paso!*

Elrohir tomó la palabra:

— *Creo que todos necesitamos reponer fuerzas. No alcanzaremos objetivo alguno si caemos rendidos durante la persecución. Disfrutemos, en la medida que podamos, de las vituallas que nuestros compañeros montaraces nos ofrecen.*

Y llevándose aparte a Laeghir y a Glorfindel les dijo:

— *Mi señor Glorfindel, capitana Laeghir, necesito hablarlos.*

Laeghir se sonrojó ligeramente:

— *No soy capitana.*

— *¿No?* —se sorprendió Elrohir—. *Espero que vuestra gente ponga pronto remedio a eso, visto cómo os habéis desenvuelto en los últimos días.*

Laeghir se sonrojó un poco más, pero, sobre todo, sintió que le nacía de dentro una fortaleza y un eco de tiempos pasados a los que interpelaban directamente las palabras del medio elfo.

Elrohir prosiguió:

— *Ninguna otra partida salió de Imladris. Es debido a ello que nos demoramos. Ya estábamos prestos a partir según nos había transmitido mi hermano Elladan, cuando mi padre regresó de la roca en que tanta tristeza habíais hallado todos. Imladris entero está movilizado. Hacía años que los orcos no rondaban tan cerca del Valle, desde que décadas atrás comenzaran a increpar de nuevo a los habitantes de Eriador. La guerra con los enanos parecía haberlos concentrado en las montañas, pero este episodio de los naugrim los está dispersando hacia el oeste. Hemos de cuidar nuestras propias fronteras. No abandonaremos al pueblo Khazad a su suerte, ni mucho menos al joven Trorr a un cruel destino. Pero mi padre no ha enviado más efectivos, nadie cortará el paso a los captores. Nosotros somos los únicos refuerzos.*

— *Al menos quedan Larmisil y Lanandor. Si alguien puede seguir un rastro, es sin duda Larmisil* —dijo Laeghir.

En ese momento uno de los montaraces que estaba haciendo guardia interrumpió la conversación:

— *Creo que deberíais venir, todos.*

Los tres acompañaron al vigía al perímetro que habían establecido para las guardias, donde un enano con un tajo en la cabellera y visiblemente fatigado rezongaba molesto.

— *Llevo en esta compañía desde antes de que forjaran ese abrecartas con el que me estás apuntando* —dijo, marcando fuertemente las erres—. *Por supuesto que voy a pasar. ¡Tengo que hablar con Borko!*

— *¡Drec!* —exclamó Laeghir sorprendida. *Si le hubieran dicho días atrás que iba a alegrarse tanto por ver a un enano, se habría reído en la cara de quien osara aventurar tal afirmación. Se acercó a calmar los ánimos—. Avisad a Borko.*

Cuando todos estuvieron reunidos, Drec les narró lo que había ocurrido desde el día que se separaron: la historia de la batalla, cómo defendieron su posición y cómo uno a uno fueron pereciendo (y aquí varios enanos cayeron cabizbajos y se les escuchó murmurando palabras en ese lenguaje suyo); su visita a Khazad-Dûm y su entrevista con Durin, el rescate por parte del pastor y lo que éste le contó.

— Me ocurre algo extraño —acabo diciendo—. El pastor dijo que deliraba. Pero yo estuve allí. Arrodillado ante Durin. Le llevé al bebé. ¡Le llevé a Trorr! Solo que no era Trorr. ¡Era el Daño de Durin! —. Se detuvo y se pasó la enorme mano por la cara—. Sé que es absurdo. ¡Pero no estoy loco!

— No, no lo estás, maese enano —intervino Glorfindel. Se volvió hacia Laeghir— El Halito Negro. Muchas emociones se han vivido en las últimas jornadas, y hemos pasado por alto demasiadas evidencias. La confrontación con la que este valiente naugrim y sus hermanos caídos ganaron el tiempo que necesitábamos para huir hasta Imladris... Si, como dijo Elladan, un Nazgûl comandaba las tropas, entonces es fácil que su horrible influjo sea el responsable de los delirios. La otra noche, frente a los cadáveres yo estaba confuso —de nuevo, el recuerdo de Gondolin, las lágrimas, el abismo...— y no acerté a transmitirle a Elrond nuestros temores. Pero es que además...

— ... Armil —. Fue Lokhom quien completó el razonamiento del elfo—. “Emponzoñaron su mente” —añadió, parafraseando a Laeghir que, sin saberlo, había dado en el clavo aquella fatal noche.

— Sí. El espectro tuvo que encontrarle en algún momento entre la huida del refugio montaraz y el envenenamiento de Trorr. Seguramente la noche en la que os alcanzamos. No somos infalibles, y aunque montamos guardia en torno vuestro, bien pudo burlarnos —admitió Glorfindel, ligeramente avergonzado.

Los hechos son sospechosamente similares a los narrados por maese Drec.

— Y recordemos las palabras que nos legó con su última sangre. La explicación del elfo cuadra. Y una vez descartado lo imposible...

— ... que sí que sí, Lokhom. —interrumpió Laeghir—. Ya nos ha quedado claro. Pero... ¿fuego y sombra? ¿Cómo encaja el Daño de Durin, como vosotros lo llamáis, en toda esta historia?

Mientras el semblante de Glorfindel demudaba en una mueca que no pasó desapercibida para Laeghir, una voz sonó a su espalda.

— Creo... que yo... puedo... responderos... a eso —dijo un recién llegado Larmisil, antes de caer inconsciente.



Sociedad
Tolkien
Española